



muy caliente por el problema de Chiapas, los asesinatos políticos y los problemas económicos que estallaron en diciembre de 1994. La gota que derramó el vaso fue el encarcelamiento del hermano del expresidente, Raúl Salinas, acusado del asesinato de José Francisco Ruiz Massieu. A partir de ahí, las cosas cambiaron: hubo huelga de hambre del expresidente y se vivieron años complicados que golpearon seriamente al PRI, que empezó a perder poder, a pesar de que en 1994 se registró la mayor participación ciudadana en una elección.

Fox arremetió contra el pasado hablando con frecuencia de “70 años perdidos”, sin reconocer que en esos años se hicieron las reformas que le permitieron llegar a la Presidencia (por ser hijo de padre extranjero). El problema de Fox fue con el PAN, pues se rodeó de los famosos *head hunters* desplazando a los panistas del gobierno. Se la cobraron en su propia sucesión al cambiarle a Santiago Creel –su favorito– por Felipe Calderón, que recientemente había sido expulsado del gobierno.

Calderón, como presidente, se olvidó de Fox y buscó negociaciones con el PRI y el PRD fomentando el transfuguismo. Ya no atacó al pasado y se dedicó a promover a Ernesto Cordero para sucederlo. El PAN volvió a pasar factura, definiéndose por Josefina Vázquez

Mota, quien perdió ante el priista Enrique Peña Nieto.

Peña entregó dócilmente el mando a López Obrador, sin el menor sentido de autocritica y dejando que este hiciera lo que quisiera aun antes de asumir el poder (cancelar el AICM y echar abajo la reforma educativa) después de la elección.

López Obrador no dijo nada del gobierno de Peña Nieto en los primeros años de su mandato. También se

refirió a los “años perdidos del neoliberalismo”, olvidando que fue funcionario en el gobierno de Miguel de la Madrid y priista hasta 1988.

¿Qué va a pasar ahora que la presidenta Sheinbaum está batallando con un pasado inmediato que se niega a dejarle espacios de maniobra para ejercer el poder a plenitud y ella no lo reconoce?

¿Qué sucederá con el gran número de representantes del pasado incrustados en el Ejecutivo, el Legislativo, el Judicial y en los gobiernos estatales que limitan su acción? Por ahora, la presidenta dice que nada ocurrirá, que nada dividirá

“a su movimiento” y que los ataques contra su antecesor sólo

buscan desprestigiarlo (sic). Así decían también sus antecesores cuando el mundo parecía venirseles encima. El problema para ella es de gobernanza. Cada día aparecen ingredientes novedosos de corrupción que permanecían ocultos y desmienten en los hechos su prédica de que “son diferentes”, “no somos como los de antes” y que se habían erradicado algunos problemas, como el de

la corrupción y la ineficacia en el gobierno. El pueblo siente que salieron peores, que “los de antes”.

En Sinaloa, su Gobierno Estatal ya no da más y se ha convertido en un verdadero dolor de cabeza para la presidenta. Su coordinador en el Senado tampoco da más y tarde o temprano –con mayores costos políticos– tendrá que abandonar su posición. Igual sucede con los gobernadores de Tamaulipas, Zacatecas, Guerrero, Campeche y Baja California.

¿Qué les deberá la presidenta a esos personajes para negarse a ponerlos en cintura? Nada; salvo el respeto por la figura Lopezobradorista del pasado que se niega a dejar de ejercer influencia en el gobierno actual.

La diferencia con el pasado –cuando los pleitos con los expresidentes eran por problemas políticos y de relación personal– es que ahora los conflictos implican corrupción, ineficacia pública, crimen organizado y malos manejos de recursos, además de tensiones políticas que agravan los primeros y obligan a tapar las cloacas: ¿Qué va a pasar en el futuro inmediato? Ahí está el dilema.

*** Presidente de la Fundación Colosio. Correo: bulmarop@gmail.com**

